

# Cuaresma 2010 en los Centros Educativos Católicos

4ª Semana de Cuaresma  
14 marzo 2010

## Monición para la celebración.

Todos somos hijos pródigos. Todos hemos salido alguna vez de la casa paterna y materna para andar errabundos por el mundo. Es una de las tentaciones juveniles más fuertes: dejar la casa y marchar, mundo adelante, para demostrarse uno a sí mismo de que es capaz de vivir sin ataduras familiares, sin referencias que nos aten.

Pero al final siempre se vuelve a casa, se retorna al hogar conocido, a los brazos familiares.

Y volvemos porque sabemos que alguien nos espera sin reproches, sin echarnos en cara la huida de la casa.

Esta es nuestra vida: un ir y volver, un salir y regresar.

Dios ya sabe de nuestro "juego de huidas y retornos". Por eso no se desespera ni se enfada. Cuenta con ello. EL siempre espera que regresemos y que lo hagamos arrepentidos de habernos ido de su lado, arrepentidos del tiempo perdido "por ahí". Pero Dios comprende que era necesaria esa experiencia de despiste, de aparente autonomía, para que después seamos capaces de reconocer que necesitamos de su presencia cálida y reconfortante, que necesitamos de su abrazo acogedor y sin reproches.

## Lecturas de la 4ª Semana de Cuaresma

- 1ª Lectura del libro de Josué 5,9ª, 10-12
- 2ª Lectura de la carta de San Pablo a los Corintios 5, 17-21
- + Lectura del santo evangelio según San Lucas 15, 1-3. 11-32



Antes de la lectura de la Parábola del hijo pródigo, nos disponemos interiormente a su atenta escucha, con el recitado armonioso de este salmo:

Todos.

**El Señor es compasivo y misericordioso.**

**El comprende todo lo que hacemos.**

Grupo 1. A ti, Señor, levanto mi alma.

Necesito de ti.

Necesito contar contigo.

Necesito tenerte presente en mi vida.

Grupo 2. Enséñame, Dios Padre, tus caminos.

Que no me confunda ni me engañe a mí mismo,

que no caiga en ninguna trampa ni en laberintos sin solución.

Grupo 1. Duros, difíciles y engañosos

son los caminos de la vida y de los seres humanos.

Tenemos grandes autopistas,

pero a veces no llevan a ninguna parte.

Todos:

**El Señor es compasivo y misericordioso.**

**El comprende todo lo que hacemos.**

Grupo 2. Las sendas del Señor son misericordia y lealtad.

Tú eres, Dios Padre, nuestra senda y nuestro camino.

El que te sigue no tropieza ni se desvía.

Tú eres la Misericordia y la Verdad,

y te das a conocer a todos nosotros.

Grupo 1. A ti, Señor, levanto mis ojos,

como el niño mira con confianza a sus padres.

Leo en tus ojos que eres Amor y Verdad.

Siento que cuidas de cada uno con ternura

Todos:

**El Señor es compasivo y misericordioso.**

**El comprende todo lo que hacemos.**



El evangelio del hijo prodigo es largo. Es de las narraciones más bellas y plásticas que encontramos en el Nuevo Testamento. Su lectura debe hacerse de manera muy pausada. Quizás entre dos o tres.

Si no quiere hacerse la lectura del evangelio, se puede sacar una fotocopia de la llamada "Parábola de los retornos" de J.M. Ballarín. Es igualmente bella y su lenguaje es más adaptado al lenguaje de los más jóvenes.

Invitarles, una vez leída, a guardarla y a releerla en muchos momentos de su vida.

Más de uno/a volverá sobre ella, aunque no nos lo digan.



## PARÁBOLA DE LOS RETORNOS

El padre de la parábola tenía dos hijos.

El hijo mayor era un pendón de procesión, el pequeño un pendón de taberna. Con los dineros del padre, el pequeño se marchó por ahí. Terminó comiendo algarrobas. Las algarrobas mal digeridas le endulzaron el corazón.

Volvió a casa con el endeble arrepentimiento de los débiles.

El padre le esperaba y le vio llegar desde lejos.

Para la fiesta del retorno mataron un novillo cebado. El hijo mayor murmuraba por lo bajo, pero se sentó a la mesa. El novillo cebado sabía a perdón.

A la mañana siguiente los dos mozos fueron a trabajar, sin hablarse demasiado. Por cada surco que abría el pequeño, el mayor hacía tres. Al caer el día, el mayor se dedicó todavía a limpiar las bestias del establo, mientras el pequeño no tenía ya fuerzas para nada.

Así fueron pasando los días. El mayor hacía lo de siempre. El pequeño estaba inquieto. Marchaba al atardecer y volvía tarde oliendo a vino.

Un día desapareció. Había vuelto a las andadas.

Al cabo de cierto tiempo, regresó vencido.

El padre le esperaba y le vio llegar desde lejos.

Para la fiesta del retorno mataron un cordero. El avinagrado rostro del mayor entristecía la mesa. Pero el cordero tenía mejor sabor que el novillo cebado, sabía más a perdón.

A la mañana siguiente los dos mozos salieron a trabajar sin hablarse nada. El pequeño notaba cómo el hermano mayor se le adelantaba siempre al abrir los surcos. Al caer el día, ya en casa, el mayor se dedicó todavía a aparejar los aperos, mientras el pequeño no podía con su alma.

Pasaron los días. El mayor hacía lo de siempre. El pequeño llegaba tarde oliendo a vino.

Un día desapareció. Había vuelto a las andadas.

Cierto tiempo después, regresó delgado, pálido.

El padre le esperaba y le vio llegar desde lejos.

Para la fiesta del retorno mataron un pollo. El mayor estaba muy cabreado, callaba y comía de cara al plato. Pero el pollo tenía mejor sabor que el novillo cebado y el cordero, sabía más a perdón.

A la mañana siguiente los dos mozos fueron al campo, alejados el uno del otro. El pequeño trabajaba por rutina. Al mediodía ya no pudo más. El mayor lo encontró derrengado en casa.

Pasaron los días. El mayor hacía lo de siempre. El pequeño tenía la mirada perdida.

Un día desapareció. Otra vez a las andadas.

Cuando regresó, destrozada su cara por la tristeza, ya ni hombre parecía.

El padre le esperaba y le vio llegar desde lejos.

Para la fiesta del retorno en la mesa sólo hubo un plato. El mayor estaba más cabreado que nunca. El padre callaba, pero callaba de otra manera. El hijo supo que cada día, cada día en la mesa había habido un lugar y un plato para él. Esperándole. Y aquel plato sin cocido tenía un sabor mucho mejor que el del novillo cebado, el cordero o el pollo. Mucho mejor que todas las comidas. Era el gusto de un perdón infinito.

Pasaron los días. El hijo mayor cada vez más perfecto, con la perfección del hielo. El padre continuaba infinitamente tierno.

El hijo pequeño marchaba y volvía, marchaba y volvía.

Marchó y volvió setenta veces siete.

El padre le esperaba y le veía llegar desde lejos. El hijo encontraba siempre el plato en la mesa.

Aunque el mayor fuera incapaz de entenderlo, el padre sí lo sabía. Sabía que el hijo pequeño algún día totalmente vencido, sin fuerzas, desnudo como los que vienen del infierno, se sentaría en la mesa para no marchar ya nunca más.

Benditos esos setenta veces siete retornos.

Tras ellos el hijo pequeño supo qué clase de padre tenía. Como lo sabemos todos los que hemos tenido que confesarnos. Setenta veces siete.

Y cada vez en la mesa celebramos la fiesta del retorno con el Pan y el Vino de la Eucaristía.

*Josep M. Ballarín*



## **Celebración de Sacramento de la Reconciliación**

Este Evangelio puede servir como invitación al perdón, a la reconciliación.

Sería muy bueno que se les ofreciese la posibilidad del sacramento de la reconciliación. Estamos a mitad de la cuaresma y necesitamos pedirle perdón a Dios.

Una celebración bien preparada –que no sólo sea una confesión– puede convertirse en una fiesta del encuentro con Dios como Padre misericordioso. Debe convertirse en una posibilidad de reconocimiento de nuestras limitaciones humanas, de nuestros fallos y pecados.

Hay que insistirles en que en la vida hay que saber decir “perdón” y “gracias”; dos palabras que abren todas las puertas.

\*

Aquí no vamos a dar ninguna pista de cómo llevar a cabo la celebración del sacramento de la reconciliación. Cada centro, cada lugar, cada curso, tiene sus características.

Debe el animador pastoral preparar muy bien esta celebración.

La Parábola de los retornos es una posibilidad de lectura reflexiva.



### **El cuento-historia de la semana**

Si no se fotocopia “La parábola de los retornos”, se les puede obsequiar con este texto-anécdota de la historia que ya es un clásico que se cuenta siempre, pero que puede venir a cuento como complemento de la parábola. Viene bien conocerla ahora que está próxima la Semana Santa.

A mí me lo contaron, cuando hacía 5º de bachiller ¡han pasado tantos años!- en el colegio de los escolapios. Nunca la olvidé. Nos la contó un fraile en unas convivencias (antaño se llamaban “ejercicios espirituales”) y lo hizo con tanta viveza que creo que no se nos olvidó a ninguno. Después, cuando he tenido ocasión de encontrarme con otros compañeros de curso, hemos recordado aquella anécdota tan plástica, tan pictórica, tan real.

Pasaron los años y cuando contemplé el cuadro en el convento Santa María de la Gracia de los dominicos de Milán, no pude menos que emocionarme al ver los rostros, aquellos dos rostros.

## Leonardo Da Vinci

Existe una anécdota del gran pintor, escultor e inventor Leonardo Da Vinci acerca de su cuadro *La última Cena*, una de las obras más copiadas y vendidas a lo largo de la historia y que Da Vinci tardó veinte años en realizar, dado que era muy exigente a la hora de buscar a las personas que debían servir de modelos.

De hecho, tuvo problemas para dar comienzo al cuadro, porque no encontraba al modelo que pudiera representar a Jesús, quien tenía que reflejar en su rostro pureza, nobleza y los más bellos sentimientos. Así mismo, debía poseer una extraordinaria belleza varonil. Al fin, encontró a un joven con esas características, y fue la primera figura del cuadro que pintó.

Después fue localizando a los once apóstoles, a quienes pintó juntos, dejando pendiente a Judas Iscariote, pues no daba con el modelo adecuado. Debía de ser una persona de edad madura y mostrar en su rostro las huellas de la traición y la avaricia, por lo que el cuadro quedó inconcluso por largo tiempo, hasta que le hablaron de un terrible criminal que habían apresado.

Fue a verlo, y era exactamente el Judas que él quería para concluir su obra, por lo que solicitó al alcaide de la prisión que permitiera al reo posar para él.

El alcaide, conociendo la fama del maestro Da Vinci, aceptó gustoso y mandó llevar al reo al estudio del pintor, custodiado por dos guardias y encadenado. Durante todo el tiempo, el reo no dio muestra de emoción alguna por haber sido elegido para modelo, mostrándose sumamente callado y distante.

Al final, Da Vinci, satisfecho del resultado, llamó al reo y le mostró la obra. Cuando el reo la vio, enormemente impresionado, cayó de rodillas llorando. Da Vinci, extrañado, le preguntó el por qué de su actitud, a lo que el preso respondió:

- *Maestro Da Vinci, ¿es que no me recuerda?*

Da Vinci, tras observarlo detenidamente, le contestó.

- *No, nunca antes le había visto.*

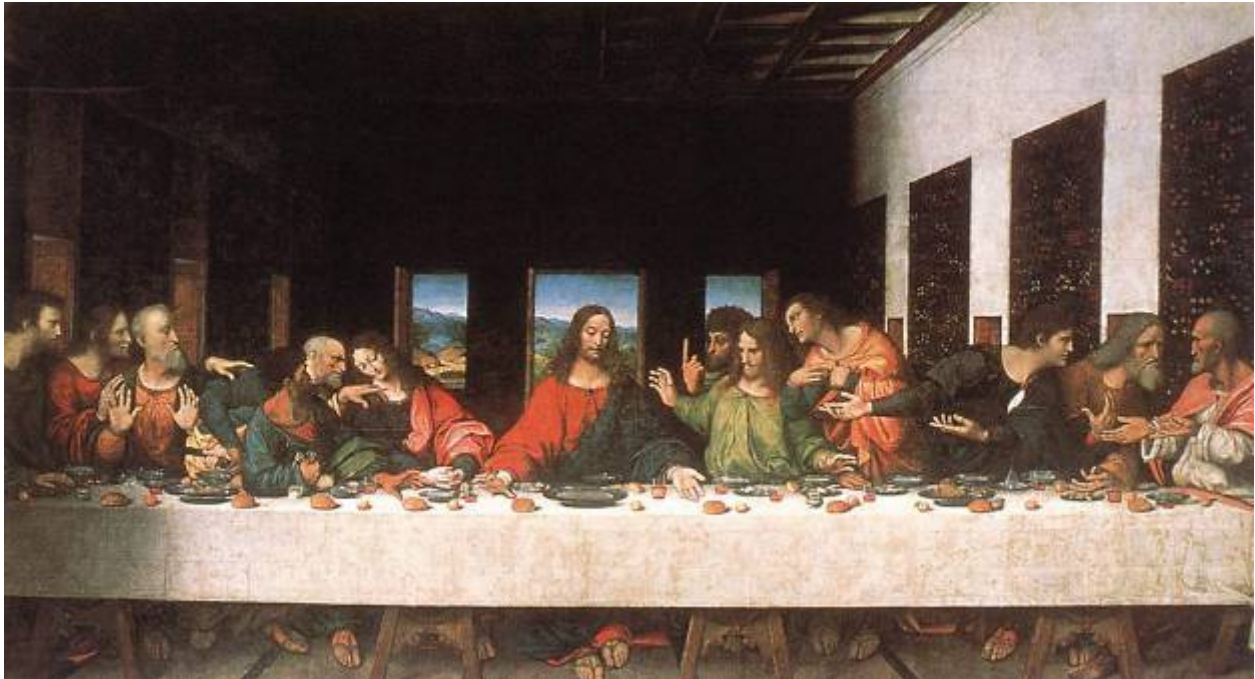
Llorando y pidiendo perdón a Dios, el reo le dijo:

- *Maestro, yo soy aquel joven que hace 19 años escogió usted para representar a Jesús en este mismo cuadro.*



---

- ¿Qué te sugiere esa historia real...?
- ¿Juzgo a las personas por las apariencias del momento, sin tener en cuenta su historia...?
- ¿Corro el peligro de ser yo el modelo de Jesús y Judas...?
- ¿Siento que muchas veces soy juzgado injustamente...?



Sería magnífico y un buen final obsequiarles con esta anécdota histórica y regalarles una postal de *La última Cena*.

Finalizar la celebración con esta oración entre todos:

- *Señor Jesús, amigo nuestro, haz que a lo largo de nuestra vida en la que vamos a pasar por muchas situaciones difíciles, nuestro rostro se parezca más al tuyo. Que quienes se acerquen a nosotros/as y nos traten, descubran que somos discípulos tuyos a través de nuestros ojos, de nuestra forma de hablar, sonreír y actuar, y así aflore la parte divina que todos llevamos dentro.*

*Amén.*